

ban en lo absoluto el paso. Sobre las pendientes de las montañas crecían encinas y, á mayor altura, pinos.

El terreno era salvaje y escabroso. Donde quiera encontrábamos rocas caídas, y había grande escasez de agua, constituyendo una especie de alivio el ver de cuando en cuando algunas trincheras en aquellas desoladas regiones. Á las cuatro nos detuvimos en sitio escarpado, donde la yerba era muy pobre y sólo corría un hilo de agua en el lecho de un angosto arroyuelo.

Allí al menos los hombres que había enviado á Nacori en busca de provisiones, nos alcanzaron llevando diez y ocho pesos de panocha y dos fanegas y cuarta de pinole. El medir por fanegas se usaba entonces en México, equivaliendo la fanega como á sesenta y cuatro kilogramos.

Nos dijeron los mensajeros que aquello era todo lo que habían querido molernos veinte mujeres que habían sido puestas á la obra para servir nuestro pedido, quienes después de trabajar hasta cansarse, declararon que ya no molerían más, y que si los *caballeros* que andaban en el monte necesitaban mayor cantidad, la molieran ellos mismos. Por consiguiente, su disgusto había crecido en proporción á los montones de pinole que hacían, y de seguro no bendecían el momento en que acertamos á llegar á su pacífico valle, por el mucho trabajo que les dábamos.

Aunque aprovisionados por algún tiempo, aguardaba con ansia el día en que nos fuera dable llegar al lado oriental de la sierra. Los animales habían enflaquecido rápidamente, y en opinión de los arrieros no vivirían más de una semana; pero el escaso grano que podíamos separar para ellos diariamente, hizo milagros, y logramos de este modo llevarlos adelante.

La planta que más llamaba la atención en los valles era el madroño (*Arbutus Texana*), que crecía con mucha abundancia. El tallo y las ramas forman un conjunto de color gris ceniciento y rojo vivo, y aparecen curiosamente retor-

cidos y entrelazados desde la raíz hasta la copa. De cuando en cuando encontrábamos entre aquellos pinares manchones de grama, y algunos piñones, árboles que constituyen una variedad del pino, pero que producen una semilla que se come.

Abundaban por esa parte de la sierra los monumentos apaches, y á los cuatro días de camino, el 5 de enero de 1891, llegamos á un antiguo paradero, llamado por los mexicanos



Cargando un venado.

Ranchería de los Apaches. Resolvimos detenernos á descansar á cubierto, considerando que no podíamos estar muy lejos de las colonias mormonas situadas en la parte oriental de la sierra. La víspera habíamos escuchado la detonación de un disparo, que no se debía á ninguno de los nuestros, y encontramos además algún ganado que debía pertenecer á los colonos.

Detuvimos sobre la desnuda roca en una eminencia próxima á un riachuelo que denominamos "Bonito," el



que se une poco más abajo al Gavilán, afluente del Babispe, cuya fuente está probablemente cerca de Chuhuichupa. El sitio tenía una elevación de 6,620 pies, apareciendo del lado del oriente la cumbre de la sierra á 2,000 de altura, y á eso de unos mil la primera que, casi perpendicularmente, se erguía sobre nosotros, acampados á su pie. Sale la expresada corriente de un profundo cañón á donde convergen cuatro grandes sierras que descienden de la cresta oriental á nosotros, ensanchándose á manera de un abanico gigantesco que habíamos divisado el día anterior desde bastante lejos. Partía de nuestro campamento rumbo al occidente, sobre uno de aquellos cordones de tierra, un camino que siguieron nuestros exploradores, encontrando á distancia de diez ó doce millas una colonia de mormones.

Á otro día de llegar allí, salí á echar un vistazo al sitio, y á poco andar con dirección al sur vi pedazos de tierra labrantía, sembrados en parte de trigo, nada florecientes al parecer, y de patatas, que se producían bien. Divisé un caballo y una tienda pequeña, y acercándome más, hallé un arado cerca de la tienda. En aquellas solitarias montañas, la vista de estas cosas me produjo grandísima impresión. Juzgando por el cultivo próximo, comprendí que no estaba fuera de lugar aquel útil de labranza. Vi en la tienda un montón de sábanas colocadas encima de unos baldes, y algunas ollas con patatas y grano. Aunque el propietario de aquello estaba ausente, desde luego me figuré que sería un americano y que con seguridad me encontraba en un puesto avanzado de los mormones.

No obstante que en ocasiones soplaba del sur un viento frío, los días continuaron buenos por todo enero; pero de noche descendía mucho la temperatura, al punto de helarse el agua en los cubos. Entonces tuvimos oportunidad de sentir las ventajas de un buen fuego, y antes de la puesta del sol, teníamos reunida buena cantidad de troncos y ramas caídas, que nos servían para encender fogatas á la puerta de

cada tienda. Aunque el humo nos ennegrecía la cara, las lumbradas nos eran en extremo útiles por la luz y el calor de que, gracias á ellas, disfrutábamos. En cuanto á nuestras camas, las formábamos con ramas de fragante pino.

Hubo también varias nevadas, llegando la nieve algunas veces á formar una capa de pulgada y media, y la noche del 10 de enero, que fue la más fría, bajó el termómetro á 6° F. En el curso del día, podían los animales aprovechar la escasa yerba cuando los rayos del sol fundían la nieve. El 15 de enero se heló dentro de mi tienda un vaso de agua, pero durante el día la temperatura fue de 57°.

Pronto descubrimos en el río Gavilán, cuatro millas al sur de nuestro campamento, inmensa cantidad de pescado que estaba desovando. Como no había quien lo tocara, su número era sencillamente extraordinario. No era insignificante problema la alimentación de treinta hombres en aquellas selváticas regiones, por lo que tomé naturalmente la resolución de procurarme todo el pescado posible, á cuyo fin recurrí al procedimiento cruel, pero efectivo, de matarlos con dinamita. Espero que me servirá de excusa ante los *sportsmen* la consideración de que si tales medios adopté, fue debido á la escasez de provisiones. La barrilla de dinamita de seis pulgadas que para dicho objeto me sirvió, levantó una columna de agua de veinte pies de altura, resonando la detonación como un saludo repetido de pico en pico en una extensión de varias millas. Tres de nosotros, en sólo dos horas, pudimos recoger 195 pescados, rémoras casi todos; pero había entre ellos también treinta y cinco grandes truchas semejantes á las del río Gila. Aquellos peces, todos gordos y delicados, nos duraron por mucho tiempo.

En ninguna parte había visto tal abundancia de venados, pues casi en cada recodo divisábamos uno, que á veces se mantenía inmóvil, observando como nos acercábamos.

Envié cinco individuos á cazarlos, quienes volvieron



dos días después con unas diez piezas, habiendo vez en que llegásemos á tener quince en la cocina.

Un mexicano llamado Figueroa, que era el mejor de nuestros tiradores, apareció una mañana llevándonos tres soberbios carpinteros, magníficos ejemplares del *camp-*



El carpintero más grande del mundo.

*philus imperialis*, extraordinariamente grandes. Mide dos pies esta espléndida ave; su plumaje es blanco y negro, y el macho ostenta en la cabeza un penacho rojo, especialmente brillante cuando se destaca su color sobre la nieve. Dichas aves andan siempre por pares, no son por lo común asustadizas, pero sí difíciles de matar, siendo necesario emplear el rifle para cazarlas. Tienen de característico el permanecer alimentándose, hasta por quince días seguidos, en un mismo árbol que acaban por derribar. Son en los museos en extremo raros, pues sólo se encuentran en esta sierra. Hasta su punto más meridional, ó sea donde la Sierra Madre del norte toca al Estado de Jalisco, cerca del río Santiago, pude comprobar la existencia de tales aves, que frecuentemente he observado también en la parte oriental de la cordillera.

Existen allí también numerosos paros y hermosas

especies de ánares salvajes de que recogimos varias muestras.

El profesor Libbey, pocos días después de que llegamos á la rancharía de los Apaches, regresó á los Estados Unidos por el camino de Casas Grandes. Después de despedirme de él, anduve en exploración durante una semana por la parte norte de nuestro campamento, buscando antigüedades y especialmente una *casa blanca* de que mucho me habían hablado en Nacori.

Encontré los bosques poblados de pájaros, no obstante que estábamos en pleno invierno. Los gayos azules, los paros moñudos, y los picogordos, abundaban por donde quiera. Llamáronme también la atención unas ardillas amarillosas, de la misma especie de la que poco antes habíamos encontrado. La región era montañosa, llena de pequeños cañones y numerosos manantiales. Se destacaban á distancia, como blancas manchas sobre el paisaje, cerrillos de cenizas volcánicas solidificadas. Aunque recorrí como veinticinco millas al norte de nuestro campamento principal, y también al oriente y poniente, buscando con toda diligencia, no encontré ningunas huellas, á excepción de las trincheras y ruinas mencionadas, que revelasen la existencia de antiguas habitaciones. Con todo, junto á uno de los grupos de casas, vi tres metates perfectamente conservados.

Durante esta exploración, tuve la sorpresa de que se me presentase un mormón en mi campamento, hombre inteligente, franco y muy comunicativo, cuya presencia me causó verdadero gusto produciéndome la impresión de un sér que arribara de otro mundo. Díjome que nunca había llegado más al norte de donde estábamos, ni había pasado por el poniente más lejos del riachuelo que corría á dos millas, denominado por él "Barranca de Oro." Este riachuelo nacía probablemente en las montañas próximas, y había otro, también al occidente, que se unía al de "Barranca de Oro," cerca de la tienda del mormón, quien lo llamaba "Arroyo



del Norte." Llevaba tres años de vivir en el rancho de que hemos hablado, y consideraba que la agricultura era allí productiva, especialmente en papas, pudiendo también prosperar el maíz. Me habló de algunas interesantes cavernas que había en la sierra, junto á la colonia de mormones, las que resolví visitar.

Cuando fueron los mormones á colonizar algunos puntos del norte de México, un americano que había vivido varios años con los apaches, á quien llamaban "Apache Bill," los informó de un grande y fértil valle que al parecer había sido cultivado antiguamente. Probablemente se refería á un lugar que había habitado un grupo de ópatas, convertidos después al cristianismo, que habían recibido de los misioneros algunos árboles frutales. Se contaba que éstos existían todavía y aun daban fruto, en tanto que el pueblo había desaparecido á manos, quizás, de los apaches.

Regresé al campamento principal, dejando sin embargo dos hombres para que siguiesen buscando la *casa blanca*; pero á los pocos días volvieron diciéndome que nada habían encontrado y que la sierra era inaccesible. Á mi regreso, encontré de vuelta á los que habían ido á Casas Grandes, quienes nos trajeron algunas provisiones y el correo de tres meses.

Á dos millas al oriente, encontramos obsidiana en estado nativo depositada en el conglomerado, no en capas, sino en forma de redondas guijas, muchas de las cuales habían rodado en los deslaves, á la falda del cerro, donde era fácil reunir en pocas horas hasta una fanega. La acumulación, sin embargo, no ocupa una área mayor de doscientas yardas.

El 22 de enero marché rumbo al oriente al establecimiento mormón, teniendo que atravesar una vertiente de 8,025 pies, y después de andar quince millas, llegamos á la colonia de Pacheco, situada sobre el río Piedras Verdes, y formada de pequeñas casas de madera pacíficamente instaladas sobre la pendiente en medio de pinares, á una altura de 7,000 pies.

La vista de un molino de aserrar da pruebas de la industria de los colonos que habitan allí en número de dieciséis familias, y pudimos contar cuando llegábamos, hasta unos ochenta niños que salían de la escuela, junto á la cual advertimos un anciano de bondadoso aspecto, que era probablemente el maestro. Los chicos, ordenados conforme á su edad, desde siete á dieciocho años, estudiaban en una sola clase. Era notable la diversidad de sus fisonomías, y todos parecían sanos, robustos, serios y bien educados.

Acampamos á milla y media del pueblo, y en la noche fueron á visitarnos mi reciente amigo de la sierra y otro mormón, ofreciéndonos ambos con toda solicitud los servicios que pudieran prestarnos. Les compramos algunas patatas y medio cochino.

Los mormones, como es habitual entre ellos, tienen varias colonias que han procedido de una central, entre las que se cuenta Valle de las Cuevas, á cinco millas de Pacheco, sobre el río ya mencionado. Nos encaminamos allí al día siguiente, con el cuerpo científico, para examinar las cavernas de que nos habían hablado los mormones. La colonia, situada á una elevación de 6,850 pies, constaba de ocho casas, á una de las cuales me introduje, después de llamar á la puerta, y expuse á su propietario el objeto de mi visita. "¿Cómo está V.?" exclamo éste; "me llamo Nelson"—como si estuviese acostumbrado á ver personas extrañas todos los días.

Mr. Nelson era un viejecito encantador de más de setenta años, pero fuerte. Me acompañó en mangas de camisa, sin cuidarse del frío, á escoger á la luz de la luna un sitio donde acampar, aconsejándome que dejara sueltos á los animales y diciéndome que él los cuidaría por la mañana para lo cual no tendría dificultad alguna. Elegimos un lugar agradable sobre una colina, desde donde se dominaba el valle de las grutas.

Nos habló Mr. Nelson de dos muy interesantes situadas



á la orilla del río, y de que había en ellas numerosas "inscripciones" (petroglifos), agregando que el campo estaba lleno de montículos artificiales y que se habían encontrado esqueletos y momias, que habían vuelto á enterrar. Éstos informes nos hicieron comprender que estábamos en sitio fe-



Vista lejana de un granero en forma de cúpula dentro de una cueva.

llamándonos especialmente la atención en una de ellas cierta extraña construcción á manera de cúpula, que á considerable distancia resaltaba á la vista, destacándose de la entrada. Las grutas que hallamos están en su mayor parte en la margen izquierda del río, pero vimos también algunas sobre la

cundo para nuestras exploraciones, y los resultados sobrepujaron efectivamente á nuestras esperanzas.

Al otro día, nos acompañó el anciano para guiarnos, y por el camino nos mostró una especie de molino primitivo, movido por agua, y nos llamó la atención, con cierto orgullo, á una "industria naciente" que había producido hasta entonces una docena de sillas de madera cuyos asientos se formaban con correas entretrejidas, á guisa de junco.

Encontramos varias cavernas, con restos de habitaciones,

otra orilla, varias de las cuales habían sido destinadas para sepulcros. Nos enseñaron en una de las últimas una momia muy bien conservada que habían sacado ya dos ó tres veces para verla, no sin que nuestro guía nos indicara que los mormones principales de Uta no querían que nadie tocara los esqueletos que hay en las cuevas. Dejé, pues, por el momento, el que habíamos encontrado en el lugar en que estaba, reservándome el volver por él y los otros que allí pudiera haber.

Fui presentado á otro mormón de las cercanías, quien me invitó á que hiciera excavaciones en un gran montículo próximo á su casa. Ofreció ayudarme á la obra, dejándome en libertad de tomar cuanto encontráramos, y me aseguró también que no se me impediría sacar las momias de sus sepulcros.